

AULA
enrique
diez - canedo



M.^a Ángeles Pérez López



AGUA VERBAL

Organiza

aeex asociación de escritores extremeños

Patrocina



JUNTA DE EXTREMADURA

Colaboran
CENTROS DE ENSEÑANZA
SECUNDARIA DE BADAJOZ



EXCMA. DIPUTACIÓN DE BADAJOZ

Diseño
Luis Costillo

Depósito Legal: BA-000183/2015

Imprime
Imprenta Provincial
Badajoz

Dirección
JOSÉ MANUEL S. PAULETE Y ENRIQUE GARCÍA FUENTES

aula.diezcanedo@gmail.com

E. Diez-Canedo

tanta flor de espuma
y trinos amarillos para el tiempo
o frutas sugerentes

me izaré sobre tu miedo desplegado
con alas pequeñas de mosca imprescindible
porque llevo comiendo
miles de panes y peces
desde antes
y me lloran los cestos si tú dejas
las redes destrenzadas en mi ombligo

caen las hojas con un fragor indescriptible
escucho cómo tiemblan contra el suelo
golpean las aceras
salpican entre el barro de las calles

escucho cómo conspiran en las ramas
su estrategia de caída sus modos disciplinados de caer
pueden rozar el agua y suspirarla
pero se imponen nuevos métodos
hermanas compañeras hijas del mismo aire que respiro

escucho el ruido de los nervios exaltados
excitación ante el combate
las consignas reclamos ¡¡oh modos tan exactos de caer!!
mirada de arcángeles soberbios
el gesto de un ángel turbador
desnuda su belleza
y rescatada

Conozco mi culpa.

Aprendizaje lento e insobornable.

No hay quien dé más por menos,
ni manera

de asumir esta flor que hiere el agua.

Podría ahora,
mientras un hombre duerme aquí a mi orilla,
remontarme por el río de la sangre
hasta la piedra primera de mi especie,
hasta el vértigo inicial de una mujer ceñida
por los signos, apenas descifrables,
que fueron roturados en su cuerpo.
Mi madre, y la suya, y la suya de la suya,
se agachan despacio y miran en silencio,
se acuclillan despacio.
La mujer que es primera de mi genealogía
caliente en su entraña aquello que rezumo:
la tintura más roja de la sangre,
el ocre de la piel sobre sí vuelta
hasta alargar las manos y el deseo,
ese blanco sin adjetivos de las lágrimas
o la leche que nace por sí sola.
La palabra es una excrecencia más tardía,
no nos ha sido dada por igual,
ni siquiera en mi origen más cercano
se encuentra el don de hablar y conjurar la muerte.

Por eso estoy condenada a nombrarlas a todas.

Mientras llueve,
ahora mientras llueve,
yo no pienso en Machado
ni en la dimensión metafórica del agua
ni en que es plancton o fuente de la vida
ni tampoco en que a veces equivale
al semen, a la humedad del útero
donde todo comienza y se desata.
No me pongo a pensar tampoco en su sentido,
su escondido valor en el orden simbólico,
o a qué se corresponde cada pequeña gota:
si es lágrima, ojo, canto o bien melancolía.

Lo que hago mientras llueve es renegar despacio
porque el agua se queda prendida en los cristales
y trae hasta la casa el limo de otros sitios;
porque sé del trabajo de esconder el salitre,
el polvo de la arena molida hasta su hueso
o la sombra de aljibes, de estanques y de fuentes,
del mar que se deslumbra por su propia espesura.

Si, como ahora, llueve,
yo no pienso en Vallejo con su aguacero triste
y menos, casi nada, apenas, en Machado.
Solo en la obligación imperiosa, excitante,
de restaurar el orden que se había hecho añicos
y devolver al vidrio su primera función,
la de mostrar el mundo en su sola materia.

A veces sé que soy como reina del mundo
porque tengo el don del agua en exclusiva
y puedo borrar del suelo de mi casa
la huella de los rostros que ni intuyo,
la sombra de los sitios que ignoro,
todo aquello que nunca será mío
en ningún caso,
bajo ninguna condición.

En la casa que habito, y también en mi cuerpo,
derramo a borbotones el agua más amarga,
cuyo canto oscurece las voces escondidas
en las jícaras, cántaros y botellas de luces.
También por el pasillo analizo en detalle
los lugares con trampa
donde puedan quedar las voces que no escucho,
las que atesoran su eco, su sonoridad.

Esto siempre me ocurre cuando ando de limpieza,
cuando el agua, insistente, revela su figura,
cuando suena en estruendo
y corre contra el tiempo,
contra las escaleras,
cuando sale deprisa del caño que la guarda,
cuando arrastra la sal que se fue acumulando
sobre aquellas antiguas marcas del origen.

La bañera imagina, ilusionada,
la presencia del pie, la de los brazos
admirables, redondos para el beso
de la piel que los cubre y acaricia,
de las piernas cansadas y felices
por el champú o el gel enjabonando
la orilla corporal de lo que somos.

La bañera imagina, desconchada,
el cauce de los ríos en invierno,
atrapados en lodo, en la corriente
que destaza los álamos, los chopos,
la aterida ribera del ciprés,
y siente el placer pequeño y envidiable
de su propia tibieza, su perfume,
del vaho contra el cristal, contra la puerta
jugando a dibujar los emblemas del cuerpo,
su existencia desnuda, la representación.

Mientras en casa la atmósfera caldea
el silencio interior y abandonado
a la espuma, a la insistencia de la esponja
y del chorro de agua indispensable,
la poza de los ríos, litoral,
aguarda solitaria la crecida
del hombre y su figura en el verano,
luminoso al desarrollo del calor
o de la prisa
con que mueve la sangre el remolino
que remonta del cuerpo, del caudal,
de su disposición para el deseo.

La sombra de la tierra,
la inicial, la ennegrecida,
fermentada por el humus feliz
del nacimiento,
ocupa la dilatada posesión
del tiempo en que no somos,
en que andamos, rumiados,
en la imprecisa coordenada del deseo
de ser y estar que son nuestra condena,
los dos al mismo tiempo, necesarios
hermanos cada día, inaguantables
en su riña, en su celo, su avaricia.

La misma negra tierra que atesora la lágrima,
que atesora con prisa el suspiro,
oleaje,
que especula la justa proporción
de sales minerales, de tesoro
nutriente como el aire, como el beso.

La misma que remonta del invierno,
del tiempo de la infamia, el de la dicha,
la misma que remonta del manantial oculto
con su carga preciosísima de líquido,
la que nace del padre, su batalla
al inicio del amor y de la historia.

Soy una niña y pinto de colores
el tronco sepulcral de los dibujos,
un árbol como un diente contra el cielo,
la forma imaginada del ahorcado.
Quiero ser una niña y volver hasta el vientre
del agua y su silencio del inicio,
el flujo de la sangre que me lleva
y hace infancia este tiempo insoportable,
pero estoy viendo el mar como la suma
de capas de aluminio y de desecho,
el peso en la cabeza de metal,
la entraña solitaria e inquisitiva
atenta a ese rumor que no se siente.
Vigilo la semántica del agua,
el modo en que la arena se hace verbo
y nombra nuestras huellas en la espuma,
no acaricia palabras para el aire
pero sí los tobillos y zapatos.
La voz que anda escondida en su guarida,
su cajita de miedo musical,
aguarda que restalle el alarido
de estar viviendo el pánico de ser
si el miedo es una forma de la boca,
una expresión del cáliz de amargura.
Las olas entre tanto se divierten,
su canto es insonoro y necesario
para aguardar el tiempo del exceso.

A veces la lengua se nos queda pegada
de tanto atravesar el mismo sitio
sin poder situarse para decir vocales,
sin poder arquearse como una piedra limpia
con su arista,
sin las letras rumorosas para rozar la piel
del cartílago dulce en el oído
de alguien que es nuestro cómplice y ternura
para decirnos hola, qué es lo que andas haciendo,
te espero como al agua, como al pan amasado,
como al tiempo que entrega su abundancia.

Ocurre que a menudo la lengua no se acuerda
ni de su parentesco con el mar
y se queda varada en las orillas
del cielo de la boca, de los dientes,
pues no vienen las viejas consonantes
a reclamar el próximo combate,
ajadas como cuerpos en el sueño,
y cuando vienen arrastran los pies, se descalabran,
caen de sí mismas
y al final ni se animan a pedir nueva audiencia.

Ocultas y andrajosas
se quedan en silencio.
Entonces nos devora la condena.

Sobre la piel, sobre las tejas cae la nieve,
la humedad imprevista es la del frío
que trae óxido y resina de madera
atada a cada copo silencioso.
También la ingravidez es la del frío,
la del cuerpo ligero en su espesura
que pide la medida de la escarcha
pues dormían las cosas en su sueño,
también lo haría el cuerpo en su mutismo
de pronto transformado en un rumor,
la corchea aterida de lo acuoso,
del líquido perfecto, transparente
o blanco en la blancura del papel
(en verdad palimpsesto, voz de arena).
Por eso se abre el cuerpo, que conoce
la canción afinada desde el génesis
y la tierra humillada por el frío
escribe entre los surcos tanta dicha.
También el pie celebra la llegada
del blanco inmaterial y su vacío,
la mano que se agacha y que recoge
el corazón del hielo vuelto sombra
recuerda otro licor y su caída,
tan parecida a esta, metafórica
distancia de las cosas que no es tal.
El sueño de la nieve es el del semen.

Sé que el mundo es pesado y lo sostengo.
Mis piernas son pilares diminutos,
la pelvis que asegura lo que soy
se vuelve en la penumbra el faro incandescente
en tanto que yo observo el horizonte
buscando tu relámpago encendido
por si es que llega el vértigo o la niebla.
Amárrame, marómame con tu ancla,
trae cartas y aparejos de marear,
juguemos al naufragio y su rescate,
un juego sin pudicia, consagrando
el silencioso espacio de la piel,
su vocación de espuma entre las piernas.

Ven. Sube hasta mi puerta,
entrebre los goznes despojados,
la bisagra del cuerpo y de la casa.
Escala los ladrillos, las rodillas,
la pierna en su medida incommovible,
remonta en el caudal de la inocencia
que canta su canción entre los muslos,
súbete hasta la piel y su epidermis
arriba del calor, en lo más alto.
Levántame hasta el techo del deseo,
hazme llegar al sitio de la lluvia
cuando cae sobre hombres y pardales,
al lugar del sonido donde duerme
el ángel turbador de la belleza.
Encárame en lo alto, en la espadaña
con que se parte el cielo en dos
sin hacer ruido
y deja derramarse por los campos
la irradiación gozosa de la dicha.
Hazme aérea, volátil, vaporosa,
izada en el pináculo del tiempo.

Hay días en que no estás y yo imagino,
supongo que es que vienes a buscarme
y vamos al principio de la historia
para evitar ser frágiles, mortales,
caducos y encendidos de veneno.
A veces soy furiosa, como ahora,
mi deseo se vuelve humillación
y estoy imaginando destrucciones
del tiempo, del ladrillo enrojecido
para que se arrodillen los corceles,
las casas y su mecha, las iglesias,
la fuente oculta de la pleitesía,
el río y su caudal empobrecido.
Para que venga el viento de la ira
y encienda de pasión los minicines,
para que nos quememos en el roce
de hacer migas el rostro del fracaso
que es esta oscuridad del sufrimiento.
Que vuelvas por tu cuerpo y tu cuchara,
porque yo tengo aún tiempo y me siento a esperar
antes que caigan lágrimas, la tarde
obscena en su alboroto y en su ausencia.

Para escribir un poema que sea pleno de amor,
incendiado en sus sílabas de escarcha,
puedo releer los libros que conozco
donde alguien tocó nuestra eterna raíz
midiendo la distancia que va del cuerpo al cuerpo
—oh pelea desigual y ensangrentada
de la que no saldremos nunca indemnes,
mordido el corazón en su mismísimo centro—.
Porque bailo despacio un baile repetido
de forma que soy junco como otra de las muchas
mujeres, de las niñas, las ancianas
que están antes de mí, las que vendrán
a acariciar tu sexo estremecido
esperando encontrar inigualable
cada una en su señal, en su contorno
el gesto primordial de nuestra dicha.
Porque es común el peso en las caderas
que nos hace movernos, concebir,
guardar el surco de agua que trae el viento.
Es en serio que nada necesito,
la bibliografía podría ser escasa
y yo te tocaría igual cada minuto
aunque hubiese perdido el alfabeto,
el habla del primate vuelto hombre
y espacio vertebral en la belleza.
Apenas me hacen falta las dos manos
para escribir sin tinta ni agonía
el rasgo corporal del pergamino.

El pájaro que viaja bajo el cielo
y viene a golpearse contra el coche
como quien cae rendido y se levanta,
arrastra sus cartílagos, su sombra,
su corazón caliente y separado
en cuatro habitaciones para el aire.
En ellas se resguardan los alisios
y el frío desconuelo del invierno
cuando la sangre mueve lentamente
su río enrojecido, su caudal,
su modo de morir y levantarse
para picotear migas de sol.

El pájaro que viene contra el coche
es uno e indiviso, inconfundible,
y si distingue el eco de la especie
y atina a acompañar su corazón,
en el golpe está solo y yo con él,
seguidos por los dogos de la sombra.

Por eso, y aunque apura con violencia
la gota venenosa de la prisa,
su cuerpo diminuto y trashumante
no puede separarse de su sombra,
esa zona de umbría y de frontera
con que el sol nos recuerda el parentesco
insoportable, estrecho de la muerte.

La sombra lo acompaña, me acompaña,
le otorga la tiniebla, desazón
con que encender el día y sus volutas,
la masa medular y oscurecida
en que el tiempo nos brinda sus oficios
y escribe la desdicha a contraluz.

El corazón que llueve desatado
y pierde su armazón, su compostura,
su normativa estricta de compuerta
o dique, retentiva y contención,
sorprende en su violencia y se desata
mientras una muchacha incendia una cabina
y grita su dolor humedecido;
así crecen las hojas de los árboles
en la humedad primera del dolor
y el barro ennegrecido de la tierra
que trae su compasión y desamparo
se ayunta al llanto oscuro en cada gota
para hacer vertical la geología.
Llueve también sobre mi corazón dormido
como si no pensase concluir
el tiempo en que los nombres se hacen de agua,
y cada gota tiene su porción
alícuota de hierro y de pesar.
Por eso cuando llueve los mamíferos,
los lóbregos mamíferos contamos
despacio y varias veces nuestros huesos,
las piedras de cristal de cada hueso
y su sermón de luz resplandeciente
para llorar de pronto con escarnio,
visibles, necesarios y maduros
ante el día que juzga y nos ampara.

Dos piernas, dos rodillas, dos tobillos,
los dedos diminutos de los pies
que son tan parecidos unos a otros
y suman sus falanges en parejas,
los huesos semejantes, sucedidos
y su contaduría vertebral
para escribir el peso o el fulgor
son nómina y carbón en papel copia,
perfecta simetría con que el cuerpo
busca no estar tan solo y se consuela
del lunes y su abrazo envenenado.
Por eso se acompasa en paridad,
escruta sus meninges, sus alardes,
su tiempo entristecido y concluyente
y cuenta sus costillas mientras gime,
porque es inmensa la llanura sola
y el sol está tan lejos como el mar.
El día en que nos faltan los afectos,
palabras olvidadas como trébede,
justicia, lapicera o resplandor,
cuando estalla la flor de la torpeza
y aroma los manzanos al troncharse,
el cuerpo se conforma como puede,
busca su concordancia, su acomodo
para la ley de las compensaciones
y balancea su peso duplicado
por el estrecho beso de lo dual.

Tan solo los impares desiguales
—el sexo, el corazón o la cabeza—
revientan en su plomo solitario,
reclaman con ardor para la sed
y exigen de algún modo compañía,
un canto en que se enreden otras voces
haciendo más liviano el universo.

Hasta el poema llegan, como islotes
de óxido y de plancton celular,
los restos silenciosos del naufragio
en que quedan los barcos y los hombres
tras el amor intenso, el oleaje
que levanta su proa y la sumerge
al fondo de la mar y sus caballos.
Las caracolas guardan su rumor,
la lentitud sombría en que los peces
desnudos se acomodan a morir
y vuelven cristalina su belleza
de fósil, su armadura transparente,
su vertical caída hasta el silencio
en que el fondo del mar guarda la espuma
que levantó el deseo y las mareas.
En su abisal distancia deslenguada,
amor y mar comparten varias letras
y la raíz mojada por la sal
empapa cada signo tras su empeño
por la coloración y el frenesí.
La boca humedecida, la entretela
del cuerpo y sus humores ablandados,
las veintisiete letras rezumadas
por la líquida masa del amor
después se vuelven piedra quebradiza,
astilla y fósil blanco en su rescoldo,
su agalla enrojecida en el vivir.

La mujer pinta sus pies de verde y se sube a ellos.
De los talones nace el odio del asfalto,
su ennegrecida capa de petróleo
embetunando pájaros y niños,
forma de aminoácido esencial
que desgasta las alas, la llovizna,
las caracolas blancas peleando
contra el rencor viscoso de la brea.
Con una brocha grande, la mujer
pinta el verdor oscuro de las aguas
en las que se deslizan los arenques
y sus anillos de aire livianísimo,
también los hipocampos, las ballenas,
los moluscos marinos que retozan
en praderas de posidonias vivas
y se aparean en nombre del amor.
Igualmente la hierba de los prados,
el musgo cariñoso y los helechos
comienzan en los dedos desiguales
de los pies y remontan las rodillas
como salmones tibios desovando
a la altura feliz de las caderas.
Para el negro sudario del benceno
que atrapa las gaviotas y las lanza
contra la arena triste, enrarecida
del tiempo y el esfuerzo alquitranados,
la mujer se encarama en sus dos pies
y suelta el corazón como una tórtola.

La mujer espera la llegada de los ciervos.
Se sienta en la cuneta y se descalza.
Con la uña más pequeña de su pie
rasca la tierra blanda y enmohecida
hasta arrancar un árbol de raíz.
Con un dedo invisible en su estatura,
remoto soberano primordial
empuja los nogales, los gomeros,
las hayas y los robles, los manzanos.
Después, bajo la lluvia, se arrepiente
mientras le late el pánico en la ropa.
El dedo mutilado es como el odio
del árbol mutilado, en la mujer
que se pinta en los labios treinta y dos
piezas dentales blancas, esmaltadas
con las que no morderse los pezones
ni llorar por los árboles caídos
y que suben despacio, en sus alveolos,
como subió cada árbol a su copa.
Del tronco descuajado, vuelto torre
gemela de otras torres neoyorquinas
caen los pájaros muertos, las personas
como estorninos muertos, el ramaje
como chicharra muerta, los tablones
como féretros muertos para Irak.

La mujer entretanto se avergüenza,
guarda el dedo y su uña, sus dolores,
el esponjoso hueco de la encía
en que ató cada diente su raíz
y levantó una torre mineral.
A su lado, los árboles reposan
su tiempo de madera, griterío
de perros y de niños clausurados,
los brazos y las piernas como ramas
taladas con dolor contra la tierra.
Los animales huyen espantados.
Los ciervos se disculpan y no vienen.

De su ombligo pequeño, la mujer
saca un hilo invisible y despiadado
con el que fabricarse una peluca.
Tira de él, lo devana en un carrete
y teje una melena amarillenta
para tapar su calva, su pesar,
su cráneo endurecido por la quimio.
Cada porción minúscula de pelo
equivale al total exactamente,
en un píxel de la hebra rectilínea
es completa la masa celular,
resume lo heredado y lo futuro,
el tiempo en su promesa y su baúl.

Por su ombligo pequeño, la mujer
se levanta sin lágrimas, pasea
por el pasillo blanco de hospital
y mira sin rencor y sin pestañas.
Después pinta con yodo su peluca
y sonrío despacio ante el espejo
con su hermosura intacta y sin dolencia.
El yodo trae el mar y las gaviotas;
su perfume es salitre y condición
de isótopo soluble, hospitalario
que acaricia la calva, cicatriz.

De su ombligo no nace ningún loto,
no hay belleza redonda o proporción
áurea que mida el mundo y a los hombres,
sino solo el trajín deshilachado
del útero manchado de pobreza
que alberga, como un cuerpo en otro cuerpo,
la condición fibrosa del tumor.
Pero ella no se queja ni lamenta,
pinta un pez de agua dulce entre su pelo
y lo peina despacio y entregada.

Como los elefantes, la mujer
se inquieta ante los huesos de su especie,
mueve nerviosamente la cabeza,
se extravía y tropieza en su dolor.
Los esqueletos largos, mascarones
que arrojaron el mar y el pleistoceno
para dormir, lavados por el agua
hasta volverse láminas de luz,
son una herida abierta y silenciosa
que los grandes mamíferos levantan
con tal delicadeza, con colmillos
en su arabesco y su melancolía.
Porque los elefantes, la mujer,
elevan la osamenta de los suyos
y los acunan con sus grandes dientes,
los mecen con pasión y con trastorno.
Como los elefantes, la mujer
cubre su piel de arena y de termitas,
arroja a sus costillas, su espaldar
la tierra de sus muertos, se recubre
de su aspereza seca, ventolera
o ráfaga de tiempo calcinado
y canta lentamente una canción
que en su baja frecuencia, solo escuchan
congéneres lejanos, primordiales.
Cuando pinta sus dientes de marfil,
dentina opaca y blanca, romboidal
que prestigia su boca y su alegría,
la mujer talla en ellos la aflicción
preciosa, endurecida como laja
que atraviesa la luz y la somete.

La mujer se pinta el cuerpo de azafrán
tras la maceración de los dolores.
El tiempo ha liberado su tanino,
la piedra y la madera se volvieron
espuma microscópica y febril
que subió como hiedra por los arcos
con que la plaza inventa las alturas
y se abre con vehemencia a la ventisca.
También en la mujer penetra el viento
por todas las esquinas, medallones
que se colgó con rabia en la solapa
mientras pintaba en ella y sus maletas
de pronto coloreadas de marrón
o de rojo sombrío por las tardes,
el brandy que dormita en las barricas
y suelta sus antojos y su edad.
Sobre los muslos altos y dorsales
de arenisca soñando en remolinos,
la mujer traza un mapa de isobaras
con que vienen la luz y los naufragios,
el día y sus clausuras, su cantera,
los troncos que el Pacífico retorna
con un amor furioso e impaciente.
También los otros mares depositan
en ella y en su vientre mineral
como una plaza grande y porticada
el corazón mismísimo del tiempo
por su estigma de brote, insensatez
de azafrán o de especias amarillas
con que inventar el júbilo y el sol.

Con un rotulador de punta verde
que derrama su menta y su espesura
bajo la estricta ley de los fluidos
(la presión hidrostática, el coraje),
la mujer pinta un prado y saltamontes
sobre su calva blanca y aterida.
Escribe insectos grandes, cariñosos
y hormigas diminutas que se duermen
en hojas encendidas de verdor
como si fueran formas de metal
que brillan en silencio en la madera.
Sobre su cráneo blanco y aterido
escribe la canción de las termitas
cuando mascan el tiempo y los tablones,
una constelación de escarabajos
que inventaron el cuerpo mineral,
orugas luminosas y valientes
que rompen la crisálida y no lloran,
esta suerte de nuevo nacimiento
en las briznas minúsculas de hierba
que arrasan la ceniza y su matriz.
En su cabeza blanca y aterida
que perdió los cabellos, los aplomos,
las hojas más oscuras de los pastos,
la mujer atenúa los venenos
y pinta una pradera accidentada
en la que hay hormigueros, piedrecitas
y un cubo de cemento y de ladrillo
que produce energía nuclear.
Contra ella se han escrito los insectos.
La tinta florecida en color verde
empobrece el uranio y su dolor.

Lanzar contra la luz todos los peces
y evitar que las redes los atrapen,
que los muerda el anzuelo con su boca
curvada en la violencia de morir.
Desanudar la asfixia, trabazón,
bocanada de anhídrido y espinas
en que se hunden la angustia y los tacones
cuando el jueves se cierra, abochornado,
sobre su propia lista de imposibles.

Lanzarlos como quien avienta lana,
como quien suelta el trigo tras la trilla
o la harina blanquísima en el pan,
para que permanezcan en su vuelo
igual que permanece en la memoria
del agua cada fibra de la luz.
Para que se detenga su caída
contra el asfalto sucio, contra el miedo
metálico que exudan los arpones.
Para que permanezca en cada letra
el copo diminuto de almidón
como quietud de aquello que se mueve,
pez que se escurre raudo entre las manos
y nada en la canción de las agallas.

con Eugenio Montejo

Vaso que resplandece en su estallido.
Astilla de cristal que no desea
herir, sino soltar toda la luz
en cada gota de agua y sus enjambres.
Ámbar que liba así la transparencia
y la derrama abriéndose en fulgor
al tiempo que libera los insectos,
el caudal de la lluvia en los pistilos,
las traviesas moléculas del día
y su cascada quieta y vertical.

Beben su claridad las garzas blancas,
las hojas transparentes de la niebla,
la brújula que siempre mira al sur
y los mantos de hielo de los polos.

Beben las cebras su blancor, su sombra
y la savia feliz de los hierbajos.
En el agua reposa el movimiento.
De ella beben también rinocerontes,
armadillos y grullas, hipopótamos
oscuros que no temen la desgracia.

Palabras y animales bendecidos
por la sed que se sacia con más sed.
Del filo del cristal tan solo queda
su reverberación hacia la vida.



Un cuerpo
traslada
su ánfora rota
al cuadrángulo norte
de la sed.

Luego boca y desierto
se besarán
ardientemente
hasta que el agua irrumpa
con su inquieta mención
que encharca los atlas,
las esfinges.

Del ánfora gotea
sangrando
la alegría.



El musgo
abre
su mano
en la retícula
afilada
de lo real.
Nudo verde,
diéresis
que el agua
disemina:
espora de lenguaje
hacia lo vivo.
No urge
ningún modo
de sintaxis
o
tallo
para crecer
sobre esta línea
vertical.
Turba tan obstinada:
ligadura.



Iremos
río
abajo
hasta
la
desembocadura
de légamo y lenguaje.
No cesa de manar
cada grieta
en su herida
y
el curso
de torrentes
y arroyos
permanece inscrito
en embarrados
títulos de propiedad y pertenencia,
como si la vida
pudiese poseerse
o
cotejarse.
Pero
insiste el agua
:

anega
el gentilicio,
las hurañas insignias
de la
tribu.
Disuelve
todo epíteto carnal.
Que nos amen
sin nombre
o
filiación.
Solo desnudos,
libres
y
exaltados.

Agua verbal

Agua hacia el torrente. Sílabas de aire y de silencio en tromba muda contra mí. Desde ahí la escritura como pez cantando en sus agallas y como anzuelo sordo y desasido.

Así es abrir los ojos bajo el mar y que falten oxígeno y lenguaje mientras todo tiene una tonalidad de vidrio y torrentera.

En la definición de esta última palabra, se propone figuradamente que «cuando el discurso suave se rompe y precipita por huir, cae en torrentera», y entonces me pregunto, con consternación, en qué latitud han unido su caudal el discurso de agua y alfabeto, su condición de compuesto químico inorgánico caminando siempre hacia la vida. Oh etimología poderosa: discurrir como preocuparse, movilizar guijarros y lexemas, atravesarse para ser línea fría y verde en medio de la página muy blanca.

Quedarán plantas viscosas, relatos inconexos de suicidas, algún insecto casi fosilizado y rudimentos de sintaxis adheridos al fondo del cauce. Arriba, la espuma agitándose veloz, los peces saltando en la mañana como si pudieran regalarnos su luz.

Escribir.

Ahogarse.

Y escribir.

Si algo queda, quiere ser cauce: aquí los primeros cuatro poemas pertenecen a *Tratado sobre la geografía del desastre*. De «Mientras llueve» a «La sombra la tierra» se publi-

caron en *La sola materia*. De «Soy una niña» a «Para escribir un poema que sea pleno de amor» en *Carnalidad del frío*. De «El pájaro que viaja» a «Hasta el poema llegan» en *La ausente*. De «La mujer pinta sus pies de verde» a «Con un rotulador» en *Atavío y puñal*. «Lanzar contra la luz» y «Vaso que resplandece en su estallido» pertenecen a *Fiebre y compasión de los metales*. Y los tres últimos se proponen como *mapas de la imaginación del pájaro*.

Tal vez agua, tal vez cauce.

María Ángeles Pérez López (Valladolid, 1967). Poeta y profesora titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca. Es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Ha publicado los libros de poemas *Tratado sobre la geografía del desastre* (1997), *La sola materia* (Premio Tardor, 1998), *Carnalidad del frío* (Premio de Poesía «Ciudad de Badajoz», 2000), *La ausente* (2004), *Atavío y puñal* (2012), *Fiebre y compasión de los metales* (finalista del Premio Nacional de la Crítica, prólogo de Juan Carlos Mestre, 2016), *Diecisiete alfiles* (prólogo de Erika Martínez, 2019), *Interferencias* (2019) y el libro de artista *Mapas de la imaginación del pájaro* en la colección «Ejemplar único» (2019).

Antologías de su obra han sido publicadas en Venezuela (*Materia reservada*, selección y prólogo de Luis Enrique Belmonte, Caracas, El perro y la rana, 2006, segunda edición 2007); México (*Segunda mudanza*, prólogo de Marco Antonio Campos y selección de Miguel Ángel Flores, México, UAM, 2012 y *Cicatrices de aire*, Monterrey, Ediciones Caletita, 2014); Ecuador (*Mecánica y pasión de los objetos*, Quito, El Ángel Editor, colección 2alas, 2013); Estados Unidos (*Memorial de las ballenas*, Nueva York, Artepoética Press, 2014) y Colombia (*Mordedura de tiempo*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia/ El Malpensante, 2014). Han aparecido las antologías bilingües *Algebra dei giorni (Álgebra de los días)* -traducida por Emilio Coco, Rimini (Italia), Raffaelli, 2017- y *Jardin[e]s excedidos* -traducción de Carlos d'Abreu, Carviçais (Portugal), Lema d'Origem, 2018-. Se ha publicado una «Antología poética personal» en la revista *Lectura y signo*, con introducción de José María Balcells en 2018. Poemas suyos han sido traducidos a diversas lenguas e incluidos en antologías y revistas de varios países. Desde diciembre de 2016 es miembro de la Academia de Juglares de Fontiveros e hija adoptiva del pueblo natal de San Juan de la Cruz.

Retrato a pluma de E. Díez-Canedo, por J. Moreno Villa. 1924.



JOSÉ MANUEL DÍEZ
LEYÓ SUS POEMAS EN
BADAJÓZ EL DÍA
23 DE ABRIL DE 2020

El programa de Aulas Literarias de la AEEEX obtuvo en 2007 uno de los Premios al Fomento de Lectura concedidos por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

AULA

enrique díez–canedo

ORGANIZA: Asociación de Escritores Extremeños

DIRIGEN: José Manuel S. Paulete y Enrique García Fuentes

- 1.–Antonio Gamoneda.
- 2.–J. M. Caballero Bonald.
- 3.–J. M. Santiago Castelo.
- 4.–José María Valverde.
- 5.–José Ángel Valente.
- 6.–Félix Grande.
- 7.–José Hierro.
- 8.–Carlos Bousoño.
- 9.–A. Martínez Sarrión.
- 10.–Ángel González.
- 11.–Puraza Camelo.
- 12.–Claudio Rodríguez.
- 13.–Antonio Colinas.
- 14.–Agustín García Calvo.
- 15.–Isabel Escudero.
- 16.–María Victoria Atencia.
- 17.–Álvaro Valverde.
- 18.–Francisco Brines.
- 19.–Luis García Montero.
- 20.–Antonio Carvajal.
- 21.–Jaime Silés.
- 22.–Clara Janés.
- 23.–José–Miguel Ullán.
- 24.–José Agustín Goytisolo.
- 25.–Manuel Pacheco.
- 26.–Ana Rossetti.
- 27.–Andrés Trapiello.
- 28.–Jesús Munárriz.
- 29.–Luis Antonio de Villena.
- 30.–Pablo García Baena.
- 31.–Luis Alberto de Cuenca.
- 32.–J. A. Ramírez Lozano.
- 33.–Jorge Riechmann.
- 34.–Felipe Benítez Reyes.
- 35.–M. Vázquez Montalbán.
- 36.–Andrés Sánchez Robayna.
- 37.–Jenaro Talens.
- 38.–José Antonio Zambrano.
- 39.–José María Álvarez.
- 40.–Eloy Sánchez Rosillo.
- 41.–Ovidio García Valdés.
- 42.–José Viñals.
- 43.–Rafael Morales.
- 44.–José Luis García Martín.
- 45.–Dulce Chacón.
- 46.–Tomás Segovia.
- 47.–Ada Salas.
- 48.–Diego Jesús Jiménez.
- 49.–Guillermo Carnero.
- 50.–Rafael Pérez Estrada.
- 51.–Isla Correyero.
- 52.–Jon Juaristi.
- 53.–Carlos Marzal.
- 54.–Juan Luis Panero.
- 55.–Benjamín Prado.
- 56.–Manuel Padorno.
- 57.–Felipe Niñez.
- 58.–Blanca Andreu.
- 59.–César Antonio Molina.
- 60.–Eugenio de Nora.
- 61.–Agustín Delgado.
- 62.–Mirta Rosenberg.
- 63.–Miguel d'Ors.
- 64.–Concha García.
- 65.–María José Flores.
- 66.–Ana María Moix.
- 67.–Javier Lostalé.
- 68.–Esperanza Ortega.
- 69.–Miguel Casado.
- 70.–Vicente Gallego.
- 71.–Juan Carlos Mestre.
- 72.–Javier Rodríguez Marcos.
- 73.–Luisa Castro
- 74.–Miguel Ángel Velasco
- 75.–Juan Antonio González Iglesias
- 76.–Diego Doncel
- 77.–Bernardo Atxaga
- 78.–Juan Antonio Masoliver Ródenas
- 79.–Pedro Tamen
- 80.–Rafael Guillén
- 81.–María Antonia Ortega
- 82.–Roger Wolfe
- 83.–Luis Javier Moreno
- 84.–Ángel Campos Pámpano
- 85.–Fernando Pinto do Amaral
- 86.–Joan Margarit
- 87.–Chantal Maillard
- 88.–Vicente Valero
- 89.–Tomás Sánchez Santiago
- 90.–Basilio Sánchez
- 91.–Pilar González España
- 92.–José Corredor–Matheos
- 93.–Nuno Júdice
- 94.–Luis Muñoz
- 95.–Luciano Fera
- 96.–Lorenzo Oliván
- 97.–Manuel António Pina
- 98.–Javier Pérez Wallias
- 99.–Eugenio Montejo
- 100.–Marcos Ricardo Barnatán
- 101.–Joaquín Pérez Azaústre
- 102.–José M.º Parreño
- 103.–Julia Uceda
- 104.–Manuel Mantero
- 105.–Fernando Ortiz
- 106.–valter hugo mãe
- 107.–José Fernández de la Sota
- 108.–Yolanda Castaño
- 109.–Irene Sánchez Carrón
- 110.–Eduardo Pitta
- 111.–Ildefonso Rodríguez
- 112.–Carlos Pujol
- 113.–Jaime Álvarez Buiza
- 114.–Francisco Javier Irazoki
- 115.–Miriam Reyes
- 116.–Andrés Neuman
- 117.–Teresa Rita Lopes
- 118.–Francisco Ferrer Lerín
- 119.–Julio Llamazares
- 120.–Pablo Guerrero
- 121.–Pere Gimferrer
- 122.–Yolanda Soler Onís
- 123.–Agustín Fernández Mallo
- 124.–Yaiza Martínez
- 125.–Martín López–Vega
- 126.–Antonio Gómez
- 127.–Luis Filipe Sarmento
- 128.–Eduardo Moga
- 129.–Francisca Aguirre
- 130.–Gonçalo M. Tavares
- 131.–Serafín Portillo
- 132.–Vicente Molina–Foix
- 133.–Juan Bonilla
- 134.–Mário Avelar
- 135.–Eliás Moro
- 136.–Marta Sanz
- 137.–Abelardo Linares
- 138.–Ruy Ventura
- 139.–Santos Domínguez
- 140.–Antonio Méndez Rubio
- 141.–Karmelo C. Iribarren
- 142.–Rufino Félix Morillón
- 143.–José Luís Peixoto
- 144.–Javier Salvago
- 145.–Elena Medel
- 146.–Aurora Luque
- 147.–Ben Clark
- 148.–Jesús García Calderón
- 149.–Sara Mesa
- 150.–Sérgio Godinho
- 151.–Jesús Aguado
- 152.–Jordi Doce
- 153.–Elvira Sastre/Andrea Valbuena
- 154.–José Luis Bernal
- 155.–Ana Luísa Amaral
- 156.–José Ángel Cilleruelo
- 157.–Antonio Sáez Delgado
- 158.–José Carlos Llop
- 159.–Valentina Varas
- 160.–Maria Do Rosário Pedreira
- 161.–Marta Agudo
- 162.–Justo Navarro
- 163.–Juan Manuel Bonet
- 164.–José Manuel Díez
- 165.–M.º Angeles Pérez López